

PBRO. MARCOS LOMBO BONILLA

ORACION GRATULATORIA
PRONUNCIADA EN LAS
BODAS DE ORO
DE
VOCACION VICENTINA
DEL RVDO. PADRE
GUILLERMO KERREMANS

IBAGUE SEPTIEMBRE 18 DE 1962

ORACION GRATULATORIA
PRONUNCIADA EN LAS
BODAS DE ORO
DE
VOCACION VICENTINA
DEL Rvdo. PADRE
GUILLERMO KERREMANS

Ninguna cosa en el transcurso de los siglos ha procurado la Iglesia con tan maternal solicitud como la perfecta formación de sus sacerdotes, dice S. S. Pío XI en su encíclica ad CATHOLICI SACERDOTII.

Qué bien describen todos los documentos de los pontífices la figura sacerdotal, con cuánto esmero la procuran en una legislación completísima y acabada, y cómo de parte de la Iglesia están organizados a la perfección los medios de lograrla.

En el pensamiento de la Iglesia la figura sacerdotal aparece en las fuentes mismas de la gracia que el sacerdote toca con sus manos ya que lleva la personería del mismo Cristo. San Pío X nos lo describe hundido en la meditación que purifica su propio origen, es decir, la mente de donde procede esa misma meditación; la Iglesia le exige al sacerdote lo que San Jerónimo a Nepociano: "Que los libros sagrados estén siempre en sus manos"; lo arma del examen diario para hacerlo juez implacable de su propia actividad. Le habla en todos los tonos desde la exhortación apremiante hasta el tono de alarma y angustia para recordarle la santidad que lo debe adornar. Pide de él "una virtud ejemplar, ardiente, activa, pronta a hacer cosas gran-

des y soportar cargas pesadas en honor de Jesucristo (S. Pío X en la encíclica "Haerent animo").

Lo estudia por todos los aspectos y en todos ellos traza magistralmente su semblanza. Si lo mira en el augusto sacrificio dice: "Que debe ponerse en la misma disposición de alma en que Jesucristo se ofreció al Padre en el altar de la Cruz". Si lo contempla como ministro de la reconciliación dice S. S. Pío XI con San Juan Crisóstomo: "No dió ni a los ángeles ni a los arcángeles la potestad de perdonar los pecados, como la dió al sacerdote". Y hasta un adversario como Sully Prudhomme expresa su asombro ante este poder:

"Monstruoso criminal: tú confesaste tu crimen y una mano sacerdotal te absolvió: puedes estar seguro del perdón. Yo confesé directamente a Dios una falta menos grave, sin quedar seguro como tú de ser perdonado".

Si lo describe como el pregónero de la verdad desde la cátedra sagrada, quiere que su pecho sea un volcán de amor a Dios, sus labios los exige purificados por el ascua de Isaías, su inteligencia y su imaginación deben ser alas que le remonten a las regiones sobrenaturales, su mirada vigilante solo debe fiiarse en los intereses divinos, debe hacer llamear los corazones al contacto con aquel recóndito fuego traído del mundo del espíritu y que se llama unción, porque él es portador no de un simple fuego sagrado sino del mismo Espíritu Santo. Su palabra debe desplegar todas las facultades humanas en un concurso incesante y admirablemente ordenado para que, a su vez, todas las facultades del ovente queden satisfechas y toda su alma presa y dominada (Longhaye p. 61).

El distintivo de Jesucristo fue evangelizar a los pobres, hacer llegar su palabra como alimento a los espíritus más humildes. El deseo de predicar al pobre es el sello del verdadero apóstol: saber predicarle es el triunfo del teólogo perfecto y del perfecto orador. Y S. S. Pío X en la "Acerbo nimis" dice que vale más

el sacerdote catequista perfecto que el gran predicador de panegiricos y conferencias.

La Iglesia quiere que el pregonero de la verdad tenga la dote suprema del gran Pablo: toda su elocuencia, toda su fuerza, toda su alma, está en el amor apasionado por la persona de Jesucristo.

La Iglesia quisiera que cada uno de los predicadores de la palabra divina tuviera la fina inteligencia, la imaginación luminosa, el ardor de pasión oratoria de San Crisóstomo; la comunicación, el esfuerzo constante y victorioso del alma de Agustín por salir de sí misma y trasladarse toda entera al alma de los oyentes; el estudio a fondo de la Sagrada Escritura, característica del gran orador de MEAUX; el genio asombroso de Bourdaloue para tratar cada tema dejando en bajo relieve los demás aspectos y destacando en prominencias de alto relieve las fervorosas, convincentes y santificadoras aplicaciones morales.

¿Y por qué le exige la Iglesia tanto al Sacerdote? Porque, dice San Pío X en la *Haerent animo* —uno de los documentos transcendentales sobre el Sacerdocio— Dios ha puesto en las manos sacerdotales a su propio Hijo, único y coeterno y consustancial a Sí mismo. Ha puesto en sus manos todos sus tesoros, todos sus sacramentos, todas sus gracias, ha puesto en sus manos las almas, que es lo que El más quiere, a las que ha amado más que a Sí mismo, a las que ha comprado con su sangre; ha puesto en sus manos el mismo cielo que puede abrir y cerrar a los demás”.

Y el conjunto de virtudes que deben adornar el alma sacerdotal lo describe S. S. Pío XII en la *Menti nostrae*, que es otro de los documentos cumbres sobre el sacerdocio: “Sé sacrificio y sacerdote de Dios; no pierdas lo que te dio la divina autoridad. Revístete de la estola de la santidad; cíñete con el cíngulo de la castidad; sea Cristo velo sobre tu cabeza; esté la cruz como baluarte sobre tu frente; pon sobre tu pecho el Sacramento de la ciencia divina; quemá siempre el perfume

de la oración; blande la espada del espíritu; haz de tu corazón como un altar y ofrece sobre él tu cuerpo como víctima de Dios... Ofrece la fe de modo que sea castigada la perfidia; inmola el ayuno para que cese la voracidad; ofrece en sacrificio la castidad para que muera la pasión; pon sobre el altar la piedad para que sea depuesta la impiedad; invita a la misericordia para que se destruya la avaricia; y para que desaparezca la insensatez inmola la santidad; así tu cuerpo será tu hostia si no está herido por ningún dardo de pecado”.

Si en el orden del corazón y de la voluntad la Iglesia es exigente en la formación de sus sacerdotes; tratándose de la formación intelectual la Iglesia posee el programa más amplio, más fuerte y más completo y más armónico de instrucción, recopilado en la Constitución Apostólica *Deus scientiasum Dominus* de S. S. el Papa Pío XI.

Para un alma abierta a la luz y a la meditación como el alma sacerdotal todo el universo tanto en la enigmática constitución de la materia, como en la prodigiosa organización de la célula viviente, como en el insondable mundo psicológico, como en los azules y profundos espacios de la metafísica, es objeto de admiración y estudio

Sobre esa base de conocimientos naturales acerca del mundo visible, ha de levantarse un edificio aun más importante: el de la ciencia que estudia las últimas causas, la ciencia sabia por excelencia, a la que los griegos llamaron “amor de la sabiduría” *Philosophía*

Todos estos conocimientos científicos y filosóficos están construídos en la playa segura y explorada de la razón natural.

Pero en frente, no lejos de la playa, se levanta en el mar un peñón de granito con una soberbia arquitectura. Es la ciencia sagrada, fundamentalmente una revelación de Dios.

Acá en la playa el edificio está sustentado en los

férreos basamentos de la recta razón: sobre las firmes columnas de la Cosmología que investiga el inquietante problema del mundo físico, sobre la Psicología, laboratorio analítico del espíritu, la Etica y el Derecho que estudian parte importantísima de la actividad de todo el hombre, la Ontología metafísica que lanza su penetrante telescopio a lo más remoto y profundo, y en su más alta almena la Teodicea o teología natural que ha desplegado la bandera blanca de la razón humana como preguntando acerca de Dios a las profundidades del mar y de los cielos.

La arquitectura del peñón granítico que emerge del mar es la ciencia de Dios espléndida, sublime... pero inaccesible a la razón humana.

La sola enumeración de sus principales tratados despierta el interés de toda mente investigadora.

Dios, infinitamente feliz en la contemplación de su vida íntima (tractatus de Deo trino).

La manifestación de las perfecciones de Dios en sus obras fuera de sí mismo (Tractatus de Deo uno).

Dios, Creador omnipotente y pródigo Gobernador del universo (Tractatus de Deo creante).

Dios que llama a su propia felicidad al ángel y al hombre (Tractatus de Deo elevante).

El hombre que pierde la vida divina por la culpa (Tractatus de Statibus).

Dios hecho hombre por el hombre (Tractatus de Verbo incarnato).

Dios hecho hombre que redime al hombre (Tractatus de Deo Redemptore).

La preparación histórico-social de la venida de Dios a la tierra (Tractatus de Vetere Testamento).

Dios-hombre, el hombre histórico que se llama Jesús (Tractatus de Novo Testamento).

Dios-hombre que comunica su vida a un cuerpo

social y místico que llama su Iglesia (Tractatus de Ecclesia).

Y así se estudia la vida divina de la Iglesia en la gracia actual y en la gracia habitual, en los canales de la gracia, los sacramentos, en la Moral, que sobre la sabiduría de los principios especulativos funda ampliamente las normas prácticas de la vida, en la Ascética, en la Mística, en la Liturgia, en la Historia, en la Legislación canónica, en la práctica total de la religión divino-positiva hasta la consumación para el hombre de la felicidad eterna en la felicidad de Dios.

Unos treinta tratados, cada uno de los cuales llena con frecuencia en obras especiales varios volúmenes, es lo que constituye el sistema científico de la Teología católica, construcción de firmeza indomable, de incomparable organización lógica, de amplitud gigantesca y de armonía y belleza arrobadoras.

Pero entre la filosofía, creación humana y la teología, revelación de Dios, está el mar que la distancia y que hace más majestuosa y envidiable la ciencia de Dios.

Al sacerdote le toca conocer las dos construcciones y lanzar el potente viaducto desde el acantilado de la costa (edificio de la filosofía) hasta la isla del templo misterioso (construcción de la teología revelada por Dios). Para ello va lanzando desde la playa un majestuoso tajamar: La autoridad y la veracidad de Dios son infinitas como su esencia. Si Dios le habla al hombre, éste debe creerle. Eso se estudia en Teología Fundamental.

Avanzando sobre la construcción que procede de la playa y que gradualmente le roba terreno al mar, nuestro investigador aporta nuevos materiales para comunicar las dos construcciones: La revelación es una realidad histórica, es decir, hay materiales para el viaducto que llenan admirablemente dos condiciones: son hechos históricos, comprobables y comprobados y al mismo tiempo son intervenciones reveladoras de Dios; y así logra el piso incommovible y completo: Ya puede invitar a cualquier filósofo a que recorra el potente

viaducto y a que contemple con sus propios ojos a Cristo Legado divino, que es a su vez el puente humano divino por donde Dios descendió al hombre y por donde el hombre asciende a Dios, y es al propio tiempo la realidad humana más tangible y la realidad divina trascendente.

Ese programa intelectual es vasto, es armónico, es lógico, es lo más admirable porque explaya la mente por las humanas y divinas realidades. Es el programa intelectual más completo y leal que puede estudiar el hombre.

Hoy día la Iglesia ha entrevisto un problema y un peligro: que se falsee la formación humanística de sus sacerdotes en ruerza del nuevo ambiente y oleaje. Por eso S. Santidad Juan XXIII en su Constitución Apostólica *Veterum sapientia* dice: "Por desgracia hay muchos que esclavos del admirable progreso de las artes rechazan los estudios de latinidad y otros semejantes. Nos pensamos que por eso mismo hay que emprender el camino contrario. Por lo mismo que cuadra más al alma lo que es más digno de la naturaleza y dignidad del hombre, hay que buscar empeñosamente lo que cultive y adorne el alma, no sea que los pobres mortales resulten iguales a las máquinas que fabrican: fríos, duros e incapaces de amar".

Y hay que ver cuán minuciosamente ha interpretado la S. Congregación de Seminarios lo dispuesto por el Papa. En adelante durante nueve años se estudiarán el latín y el griego para conocer la flor entre los clásicos latinos y griegos y los tesoros de la Patrología. Cuando el mundo decae en los estudios que humanizan y espiritualizan, la Iglesia los intensifica porque ella es la luz del mundo y la sal de la tierra.

Ya me parece oír a algunos de vosotros que este plan ambicioso de multifásica formación sacerdotal es irrealizable: hacer de un hombre un digno ministro del altar que pueda aparecer decorosamente en medio de las jerarquías angélicas, como dice el Crisóstomo;

poner en sus manos la disposición de todo el orden sobrenatural, es decir, la suerte eterna de las almas; hacer del que no sabe hablar el pregonero de la palabra de Dios, digno sucesor de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, y de los santos evangelistas, o de aquel coloso Pablo, Apóstol y Mártir; hacerlo eximio en toda virtud y que posea los frutos y dones del Espíritu Santo; y al propio tiempo equiparlo con el bagaje intelectual más completo del mundo: fundamentos científicos por lo menos generales, formación humanística profunda, conocimientos filosóficos los más completos, y versación suficiente en las ciencias teológicas y propiamente eclesiásticas... todo esto es bello, sublime pero utópico e irrealizable.

La oportunidad del jubileo de oro que hoy celebramos radica en que es la prueba más palpable y categórica de que la Iglesia logra, por lo menos en almas de selección, la formación sacerdotal perfecta.

El 15 de enero de 1893, del legítimo matrimonio de Federico Kerremans y Catalina Isabel van der Krabben nacía en Breda, la inmortalizada por los pinceles de Velázquez en el cuadro de Las Lanzas, el Padre Juan Guillermo Kerremans.

Cursó normalmente siete años de estudios primarios en la misma ciudad natal y otros siete de estudios de segunda enseñanza en la Apostólica vicentina de Wernhoustburg. Y el 18 de septiembre de 1912, hoy hace 50 años, cuando llevaba 21 de estudios, recibió en Panningen (Holanda) la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Schryven.

Dos meses después este Seminario de Ibagué tenía la fortuna de disfrutar de las primicias del nuevo sacerdote y de sus cátedras en uno y otro Seminario durante cinco años. La exquisita preparación que recibió en Holanda, su patria, ha sido servida por una inteligencia brillante y una memoria asombrosa, y sostenida y aumentada con una tenaz aplicación al estudio y la lectura, y ha sido puesta a prueba en los más variados y

difíciles cargos. Tengo grabado en mis recuerdos un detalle que muestra el conjunto de capacidades del entonces joven profesor. Cuando yo era alumno de primer año en este Seminario en 1922, nos daba clase de solfeo y música el Padre Alberto Souza, y asistía como alumno a esa clase el Padre Kerremans para iniciarse en esta materia. Cuál no sería nuestro asombro al ver que al año siguiente era capaz de hacer la instrumentación de las partituras y pasarles el correspondiente papel a violines, trompetas, cellos y bajos... Al fin y al cabo la música es aplicación de las matemáticas y el Padre fue siempre un gran matemático por gusto y como por juego. Entonces el Seminario dejó asombrados a profesores del Conservatorio por la ejecución de grandes trozos clásicos en nuestras veladas de casa bajo la batuta del Padre Kerremans.

Al mismo tiempo dictaba asignaturas en uno y otro Seminario, de modo que los que empezábamos y los que terminaban fuimos y fueron alumnos suyos.

Para un hijo de San Vicente evangelizar a los pobres, servir el pan de la palabra, no ya en el aula universitaria sino en las misiones rurales, es algo que desea con todas las fuerzas del alma. El Padre Kerremans fue destinado a las misiones en el Huila y duró en este ministerio largos años. La labor misional es deliciosa pero intensiva y agotadora. Predicar varias veces al día, atender confesiones ocho y diez horas diarias y a veces más, administrar los demás sacramentos a multitudes... y eso semanas, meses y años. El mérito de todo ello lo aprecian superficialmente los hombres, pero Dios lo valora y lo premia.

Del campo ubérrimo y laborioso de las misiones fue llamado nuevamente a la labor docente y formadora, pero monótona y abnegada de los Seminarios. En Bogotá, en la casa central, profesor de dogma y moral; más tarde fue elevado al cargo de Superior en la Apostólica de Santa Rosa y en los Seminarios de Garzón y Tunja. Por tres años fue Visitador de la Provincia Vicentina en la América Central. Luego la rectoría de Gar-

zón, San Gil e Ibagué, donde cumple hoy los 50 años de vida religiosa. Tiene el Seminario de Ibagué deber y derecho de celebrar esta fecha, por haber sido el campo del apostolado primero y también de los frutos dorados y maduros.

En todos estos cargos ha sabido poner al servicio de la obra divina todas sus dotes de inteligencia, su gran corazón que sabe qué es amar a Cristo y a sus sacerdotes. En él el destello de la inteligencia que es esplendorosa se ha visto superado por la llama ardiente de su corazón de oro. Profundamente versado en la ciencia de Dios, conoce también la ciencia que enseña cómo va el hombre a su fin sobrenatural por sus actos humanos y en materia de Teología Moral prácticamente alcanzó a escribir un texto; sabe toda la estructura de la legislación eclesiástica en la obra monumental que es el Código del Derecho Canónico; ha espigado envidiablemente en el dilatado e inagotable campo de la Sagrada Escritura, en que se ensanchan día por día los horizontes y brillan cada vez más profundos y enormes los filones de oro del tesoro revelado; la ascética y la mística, otra rama no menos importante y sacerdotal de la teología, le han abierto sus secretos y le han franqueado las puertas del castillo del alma y de la interior bodega.

Sus dotes como hombre, como profesor y como intelectual, siendo brillantísimas, han cedido el puesto a sus virtudes sacerdotales: piedad, abnegación, caridad, prudencia y todas las que exige la Iglesia en el ideal que traza de la figura sacerdotal.

Cuán elocuentemente nos ha enseñado con el ejemplo y con la palabra esta hermosa máxima suya: "Los pueblos estiman más al sacerdote por la virtud que por el saber".

Amadísimo Padre Kerremans:

Tú has sido el objeto de una maternal solicitud que te ungió con las aguas bautismales, te llevó al recinto

de una fervorosa comunidad, te marcó con el carácter sacerdotal y puso en marcha todos los secretos y resortes para lograr en tí un sacerdote perfecto.

Qué satisfactorio para tí saber que has respondido como noble y valiente a la labor de la Iglesia: en tu persona ennobleces y dignificas la Iglesia; eres gloria y prez del sacerdocio.

Y además has sabido pagar a la Iglesia los esfuerzos aplicados a tu formación sacerdotal. No te contentaste con ser el vaso de oro primorosamente labrado en el que se escanciaron todas las perfecciones, sino que has sido el orífice que supo a su vez labrar en sucesión numerosa otros vasos de oro... las almas sacerdotales que en tu larga, copiosa y abnegada vida le has preparado a Cristo.

En el día de hoy surgen todos tus alumnos... son centenares. Formar almas sacerdotales. Cuán consoladoras para tu alma las palabras de San Vicente inmortalizadas en la Encíclica Ad Catholici Sacerdotii de Pío XI: "Por mucho que pensemos, afirmaba el amable Santo de la Caridad, encontraremos que no hemos podido contribuir a nada más grandioso que a hacer buenos sacerdotes".

Nuevo Moisés has tratado a Dios cara a cara en la cumbre santa y formidable.

Arca del Testamento has atesorado no sólo las tablas de la ley, sino toda la palabra escrita en la Antigua y en la Nueva Alianza.

Testigo de las realidades ultraterrenas todo tu ser está inmerso en la ciudad futura y apenas tus pies de peregrino se apoyan en la tierra.

Tu vida ha sido una vida derramada en libación sobre las diversas aras en que ha querido tu inmolación el Señor, y de esas aras bajas diariamente trayendo no el fuego devorador del profeta formidable, sino el fuego del Espíritu Santo de unción suave e infinita.

Tu secreto ha sido poner al servicio de lo sobrenatural todas las dotes de tu personalidad: simultánea y armónicamente ha obrado el hombre de ciencia y saber, el ministro de Dios, el apóstol de las almas, el formador de sacerdotes, el profesor de ciencias eclesiásticas, el misionero sencillo y popular, el modelador de conciencias y director de almas en el santo tribunal, ha servido para que el Espíritu Santo comuniqué sus virtudes y dones, sus llamas y luces.

Como un diamante que al mismo tiempo luciera y ardiera y tallara otros diamantes, y sintiera y pensara y amara, y fuera mano, boca, pie y corazón de Cristo... así tu alma diamantina y polifacética ha puesto todo a todos, y en los más variados y dilatados campos del bien.

Este homenaje, aunque molesto para vuestro silencio y sencillez, era necesario para la exaltación de la Iglesia formadora de sacerdotes, para gloria del Clero que se enjoya y brilla con los buenos sacerdotes, para esplendor de la comunidad vicentina que produce tales frutos, y para gloria y decoro de nuestro Seminario de Ibagué que reconoce haber tenido formadores como de lo mejor que puede exigirse, era necesario para decirle al mundo que la Iglesia, que es sublime en el concepto del sacerdocio, exigente en sus requisitos, nimia en su formación, es omnipotente para hacer del ideal una realidad cuando la persona humana responde.

Hoy más que nunca Gratias agamus Domino Deo nostro.